

Falcone no se reía. Era necesario no conocer á Johann Spurzheim, para reirse de lo que hiciera, sea lo que fuese.

—Vamos, replicó éste alisándose ¡los raros cabellos entrecanos, que se alborotaban sobre su cráneo pelado y reluciente; cogedme entre vuestros brazos, amigo mio, y llevadme á mi gabinete . . . ya volveréis por la lámpara.

No hay que creer que Pier Falcone fuese un hombre extraordinario, como nuestro gran capitán Luca Tristany, ó Gaspardo el pescador. Era una criatura, mas bien elegante que robusta. Sin embargo, sin abandonar la lámpara que tenia en la mano izquierda, levantó á Johann Spurzheim con el brazo derecho, y lo llevó como la nodriza á los niños que se han cansado en el paseo.

El director de la policía real quedó casi humillado con aquello.

—Ya descansareis un rato en el camino! le dijo.

Falcone hubiera dado de aquel modo tres vueltas á la ciudad, pero tuvo el talento de responder:

—Señor, pesais mas de lo que yo me hubiera figurado!

Spurzheim, aprovechándose de su posición, le tiró suavemente de una oreja.

—No por ahí! le dijo, viendo que el doctor se dirigía hácia la puerta principal.

Le señaló con el dedo una segunda puerta, situada en la parte opuesta. Pier Falcone la abrió, y ambos se encontraron en un gabinete oscuro, en el centro del cual habia una escalera de caracol.

Pier Falcone comenzó á descender los escalones de aquel caracol, con su doble carga. Al fin del segundo tramo, habia una pieza semejante al gabinete oscuro del piso superior. Daba hácia un largo corredor, que tenia de distancia en distancia ventanas cerradas con aldabas y fuertes pasadores.

Al atravesarlo, Pier Falcone creyó oír pasos, que resonaban sobre las losas. En consecuencia, supuso que aquel corredor debía caer y costear la calle ó la plaza del Mercado.

Al extremo del corredor habia una puertecilla cerrada.

Johann sacó de su seno una llave, y la dió á su conductor, quien la introdujo en la cerradura.

La puerta se abrió.

Estaban en el gabinete de trabajo del director de la policía real.

## V.

## PASTILLAS CONTRA LA TOS.

LA vista de Johann Spurzheim era aún penetrante y segura, porque exclamó, tan luego como se hubo abierto la puerta del aposento:

—Ahí están! ahí están!

Quería hablar de las cartas, que en efecto, yacian las tres sobre su bufete de ébano.

El bufete mismo, y la enorme cantidad de papeles que soportaba, permanecian esactamente en el mismo estado en que Johann los habia dejado. Si Johann no hubiera tenido junto á la cabecera de su cama ese singular aparato; la cornetilla de marfil adherida á un cordon flexible—el oido de Dionisio de Siracusa—hubiera podido jurar que ninguna mano indiscreta habia tocado su correspondencia.

Pero Johann habia oido la confesion de Bárbara.

—Qué muger! murmuraba con una especie de admiracion, mientras que Falcone lo acercaba al bufete; qué hada. . . . Ved si ha quedado alguna señal de su paso! Ay, amigo! de veras creo que voy á sentirla mucho!

Habia frente al bufete un gran sillón de cuero, que tenia esactamente la forma de un garitón. En los puertos de mar, las vendedoras de comestibles tienen sillones de esta clase, para resguardarse del aire.

El sillón de Johann era muy conocido en Nápoles. Decían generalmente, que además de su misión principal y aparente, que era res-

guardar al director de la policía de los vientos colados, aquel sillón tenía otras ventajas aún más preciosas.

Contaban que aquel sillón, que era un monumento, producía para él el mismo resultado que los diplomáticos de la antigua escuela buscaban por medio de los espejuelos azules.

Johann volvía gustoso contra la luz su garitón, cuando se trataba de algún importante interrogatorio.

Quedaba entonces en el fondo de aquella casa movediza, como el sacerdote en su confesionario, ó más bien, como el fraile de Zurbarán, cuyo rostro se adivina apenas detrás de la sombra profunda de su capucha.

Veía—pero no era visto.

Los peritos afirman, que en el arte diplomático y en buena policía, esta circunstancia es de mucho precio.

Lo que hay de cierto es, que muy pocas gentes, en Nápoles, hubieran podido decir exactamente, cómo eran las facciones del director de la policía real.

Los ciudadanos que frecuentaban las oficinas de policía, habían percibido no sé qué sombra entre las profundidades de aquel famoso sillón: un cuerpo envuelto en franelas; un pobre rostro como filo de cuchillo, tan pálido y tan flaco, que parecía pertenecer á un fantasma.

Y era cuanto veían.

En cuanto á los señores que frecuentaban la corte, estaban menos adelantados aún. Desde que el rey de Nápoles había tenido la buena idea de confiar la seguridad de su capital á aquel austriaco, que tenía cien ojos como Argos, no le habían visto jamás en las fiestas reales.

Y si alguna vez se había hecho conducir á los consejos ministeriales, era con tal traje y tal lujo de precauciones contra *los aires colados*, que sus colegas mismos estaban todavía por conocerlo.

Pier Falcone puso sobre el bufete la lámpara que llevaba; y luego, con los dos brazos libres, emprendió la tarea de colocar al señor Johann Spurzheim en su especie de confesionario.

Las dos paredes laterales del sillón estaban adheridas por medio de goznes, y podían abrirse, á fin de que el señor director de la policía tuviera aire, cuando estaba solo y hacía calor.

Cuando estas paredes estaban abiertas, se podían admirar el cuidado, la inteligencia, que habían presidido á la confección de aquel sillón monumental.

Cada una de las paredes, bien tapizada, acolchonada y forrada, tenía debajo de sus cojines una caja, cuya vigorosa cerradura se notaba encima de todo.

Lo que el señor Johann Spurzheim encerraba en aquellas cajas, nadie lo sabía; ni siquiera Bárbara, á pesar de su vehemente curiosidad.

El sillón no se movía sino por medio de carretillas.

Cuatro hombres vigorosos no hubieran podido levantarlo en peso.

Johann Spurzheim dejó escapar un suspiro de descanso, cuando su conductor lo hubo instalado cómodamente sobre los cojines.

—Estoy un poco fatigado, dijo; pero no es extraño, después de la travesía que acabamos de hacer..... Pasadme esas cartas, doctor, y arrimad la lámpara..... No podeis figuraros cuán dichoso me siento al ver todo lo que aquí me rodea..... mis papeles, mis libros, mis antiguos compañeros!

Y luego—añadió con un guiño que se escapó á Falcone—allá arriba, en aquella cama, estoy sin defensa..... Esto es una fortaleza, Falcone; y me parece que aquí combatiría contra un gigante.

Mientras que Johann hablaba, el doctor le había arrimado la lámpara y presentádole sus cartas.

Examinó, antes que todo, con suma atención los tres sellos, como si hubiera vacilado en mirar la letra de los sobrescritos.

—Ved, amigo mío! exclamó. Hé aquí tres cartas abiertas..... Lo sé, porque ella misma es quien lo ha dicho..... Pues bien! os declaro que busco en vano sobre el lacre, ó en los alrededores, el rastro de la operación..... Está practicada con una delicadeza incomparable! Buscaríais una muger semejante en toda la Italia..... en toda la Europa..... en el universo entero..... y no la hallaríais!..... No hay otra que iguale á Bárbara, mi querida compañera..... Voy á sentirla mucho..... pero los que saben jugar bien, procuran matar las cartas grandes.... Los tontos pretenden atraparlas y conservarlas.... y se encartan.

Volvió las tres cartas, una tras otra.

Falcone vió que sus manos temblaban:

La lámpara derramaba oblicuamente sus rayos dentro del garitón, desde que Falcone la había arrimado.

El médico distinguió sobre el rostro de Johann una singular agitación. Johann lo notó.

—Amigo mío, le dijo; nunca sabreis más que lo que quiera revelaros, estad bien persuadido de ello..... Vos sereis mi confidente, es cierto, pero esto no será sino de apariencia..... eh? eh?..... Nunca intentéis sorprenderme; creedmelo, porque podría seros fatal!

—Señor, contestó Falcone, una advertencia se paga bien con otra advertencia. Yo haré todo lo que me ordeneis, dócilmente y con celo..... Pero no os tomeis el trabajo de dirigirme amenazas..... tengo un mal carácter, y esto podría disgustarnos!

—Caracoles! gruñó Spurzheim. Con que tratamos de potencia á potencia, amigo Pier Falcone?

—Os desagrada eso, señor David Heimer?..... pronunció lentamente el doctor.

Johann se estremeció levemente al oír pronunciar ese nombre.

Su boca permaneció abierta por un instante.

Luego se puso á sonreír, y repitió:

—Caracoles! caracoles!!..... con que sabemos mas de lo que aparentamos!..... Bien, Falcone, muy bien!..... Ya tendremos cuidado de no amenazaros..... Veo que vamos á formar una pareja de amigos íntimos....—Hacedme el favor de darle vuelta un poco á mi sillón, camarada; no porque yo desee ocultarme de vos, sino porque tendré que recibir esta noche otras visitas mas que la vuestra.

Falcone hizo un esfuerzo, y la pesada máquina giró al fin sobre sus goznes.

—Basta! mandó Spurzheim.

La luz de la lámpara no penetraba ya en el interior del confesonario.

—Falcone, replicó Spurzheim; hace mucho tiempo que conocéis el nombre que acabais de pronunciar?

—Hace ya tres años, señor, contestó el médico.

—Bueno! bueno!.... Arrimad, os ruego, una silla, de modo que la persona que se sienta en ella, quede bañada de luz..... Así está bien..... Ahora, vais á dejarme, Falcone.

—Vuestra señoría no tiene ya necesidad de mí?

—Si tal..... muy al contrario..... tengo una comision de la mas alta importancia que daros..... Pero antes, Falcone, tened la bondad de desprender la cortina que pende frente á esa puerta, y ponedla entre esa silla y mi sillón.

El doctor se subió sobre una silla y desprendió la cortina, que puso luego en el sitio indicado.

—Vamos, dijo Spurzheim como hablándose á sí mismo; no olvidamos nada?....—Cuando os vayais, quedaré solo..... es decir, como prisionero dentro de este sillón.

—Si quereis, permaneceré.... dijo el médico.

—No, no lo quiero.... teneis vuestra tarea en otra parte.

Falcone guardó silencio.

—Dadme una hoja de papel blanco y un lápiz, le dijo el señor Johann.

Cruzo sus pobres piernas, la una sobre la otra, y se puso á dibujar rápidamente.

Lo que trazaba, parecíase á un plano.

—Esto, amigo Pier Falcone, decia sin dejar de dibujar, es pura geo-

grafía.... De mi casa no conocéis mas que el salón, el comedor, mi recámara y este gabinete.... Os es necesario conocer esta noche lo demás.... Esta es una antigua casa, un verdadero laberinto, en cuyos corredores puede uno muy bien perderse.... tanto mas, cuanto que no tendreis luz!

Trazó aún algunas líneas, y añadió:

—Pero hé aquí el hilo conductor que os guiará en medio de ese dedalo.... Vamos á estudiar juntos este plano; acercaos!

Falcone obedeció.

Spurzheim le presentó su dibujo, en el que cada departamento estaba apuntado y marcado con una cifra.

—Veis, amigo mio, replicó. Partimos del punto A, que es mi recámara.... espero que hallareis fácilmente mi recámara.

—Si señor, no tendré dificultad.

—Muy bien!..... A la derecha de mi lecho hay una puerta B, que da al corredor B C, al extremo del cual está el tocador de la señora que fué mi esposa querida..... Pobre Bárbara! la voy á sentir muchísimo!.... Una vez en el tocador, tomáis la puerta D, y subís por la escalera secreta que conduce al segundo piso..... Toda la parte del plano que nos resta que recorrer, está situada en el segundo piso..... Me comprendéis bien?

—Perfectamente, señor.

—Tomáis el corredor E F, que conduce al salón particular de la señora Spurzheim, el cual está situado precisamente encima de la pieza en que nos hallamos, con dos pisos de diferencia..... En el salón, hé aquí la puerta G que necesitáis tomar. Es el camino mas largo, pero no hallareis en el tránsito á nadie..... Hay tres piezas vacías, H, I, J; estos son aposentos reservados para los huéspedes, cuando los hay. Atravesais estas piezas..... la tercera, de puntillas, porque estareis ya muy cerca de la puerta de Bárbara, mi querida muger, que habita la pieza L, adonde entrareis por la puerta K.....

—Y para qué he de entrar yo á estas horas de la noche en el aposento de la señora Spurzheim?

—En el punto en que estais uno y otro..... murmuró Johann burlándose. Pero hablemos seriamente—se interrumpió. La sentiré mucho; estoy cierto de ello.

Y presentó una llave al doctor.

—La puerta K está cerrada, le dijo; hé aquí con que abrirla!

—Eso no me revela..... comenzó Pier Falcone.

—Mi querida Bárbara—le interrumpió nuevamente Spurzheim—debe dormir á estas horas..... Siempre tiene sobre su mesita de noche la cajetilla que contiene sus pastillas contra la tos..... La comi-

sion de que os encargo, mi apreciable amigo, consiste tan solo en tomar esa cajetilla, que reemplazareis con esta!

Y le presentó una cajetilla de oro cincelado.

El primer movimiento de Falcone, fué rechazarla.

—Podeis ver—continuó Spurzheim, sin hacer caso de aquella repugnancia—que mi caja es enteramente semejante á la de mi pobre Bárbara!

—Qué hay ahí dentro?..... dijo el doctor, que estaba aun mas pálido.

—Por qué hemos de detenernos en estos detalles penosos? pronunció lentamente Johann Spurzheim.

—Veneno..... murmuró Falcone.

Spurzheim abrió la cajita.

—Pastillas!..... repitió con una calma que causaba miedo.

—Pero..... dijo Falcone; si vuestra muger despertase?

Y sintió que corría hielo por sus venas, al oír la respuesta del marido.

Johann le decia:

—El amor seria vuestra excusa..... Decís que me habeis robado la llave..... que subísteis sin hacer ruido..... En fin, todo lo que la galantería puede inspirar en semejante caso..... Y siempre cambiareis la cajetilla, esto es esencial!

Falcone tomó la caja.

Spurzheim lanzó un gran suspiro, y repitió una vez mas aún.

—De veras que la sentiré!

Falcone dijo:

—Hay un pacto entre nosotros, señor..... Ay, déj que fulte á él!

Y se dirigió hácia la puerta.

Desde el fondo de su antro, Johann lo seguia con la mirada.

—Hasta luego! le dijo.

—Hasta luego! respondió Falcone, quien desapareció sin añadir una palabra de mas.

Spurzheim prorumpió en una carcajada, seca y estridente.

—Yo los enterraré á todos!..... murmuró; á todos!..... estoy muy flaco..... pero hay mucha vida aquí todavía!

Y miraba sus brazos, que á pesar de lo acojinado de la bata, parecian dos bolillos de tambor.

La presencia de Pier Falcone parece que habia impedido á Johann Spurzheim abrir aquellas tres misteriosas cartas; porque tan luego como la puerta se cerró, se puso á examinarlas cuidadosamente.

Los tres sellos eran semejantes, y presentaban un escudo, en cuyo centro habia un corazon de oro, con dos espadas con las puntas hácia arriba, cruzadas y del mismo metal.

—Cómo no vió esto ella? pensaba en voz alta. Hay cosas que las mugeres no ven!..... El escudo de los Monteleone!.....

Tocó el sello de la primera carta para abrirla, pero se detuvo, y la colocó con las otras dos sobre una tabla, que hacia oficios de mesa frente á su sillón.

—Es preciso que haga mi tarea antes! se dijo á si mismo.

Para hacer su tarea, tenia primeramente que levantarse. Terrible trabajo! Por un instante pudo creer que no lo lograria nunca. Sus dos manos, convulsivamente crispadas sobre los brazos de su sillón, hacian vanos esfuerzos; no podian levantar siquiera su busto, que caia á cada ensayo hácia atrás. Pero al fin, habiendo podido coger al propio tiempo las dos paredes de su confesonario, se columpio, y logró ponerse en pié sobre sus dos piernas temblorosas.

—Qué fuerza tengo aún! pronunció en voz alta, tan luego como su fatiga le permitió hablar.

Hubiera deseado mucho limpiarse la frente, que tenia empapada en sudor; pero no se atrevia á soltarse de sus puntos de apoyo.

## VI

## LAS TRES CARTAS.

La cabeza se le iba un poco en aquella posición peligrosa, de un hombre sostenido á derecha é izquierda, con un asiento de cojín por detrás y una mesa por delante.

Ciertamente nuestro amigo Cucuzone hubiera estado con más comodidad, parado sobre un solo pié en la punta del pararrayo de la Catedral.

Pero Johann Spurzheim se contentaba con poco, y estaba satisfecho.

Después de haber tomado aliento, soltó una de sus manos de las paredes del sillón, para apoyarse en el borde de la mesa. Este fué un nuevo triunfo.

Con el auxilio de este nuevo punto de apoyo, dió un paso—es decir, que su pierna derecha se adelantó dos ó tres pulgadas sobre la otra.

Por aquella vez exclamó, con el corazón lleno de alegría:

—Oh!..... oh!..... me creen impotente!..... ya veremos! ya veremos!

Arrastrándose así, colgándose de todos los muebles, logró llegar con trabajos infinitos, que sería muy largo enumerar, hasta la puerta por donde Pier Falcone acababa de salir.

Corrió el cerrojo, diciendo:

—Y va una!

Luego empezó de nuevo su trabajo hercúleo. Tratábase de atravesar todo el aposento, y de llegar á aquella otra puerta, cuya cortina había quitado el doctor para tenderla en tierra, entre el sillón de Johann y la silla preparada para el visitador nocturno.

Johann se detuvo muchas veces en el camino.

—Qué lejos está!..... se decía á sí propio. Lo que estoy haciendo es enorme!..... y me creen impotente!

Cuando llegó á la segunda puerta, hizo lo contrario de lo que había hecho con la primera: es decir, que descorrió el cerrojo, que estaba corrido.

Y, creedmelo, olvidándose entonces de todo respeto humano, aquel director, seguro de no ser visto de nadie, se volvió á su sillón andando en cuatro piés.

Pero todo era para él materia de cantar victoria.

Pensaba:

—De este modo iría yo hasta el otro extremo de Nápoles!

Y lo creían impotente! Qué insensatos!

Cuando logró sentarse de nuevo en su sillón, Johann Spurzheim lanzó un gran suspiro. Se acarició su pobre pecho, que le ardía interiormente como si tuviera una brasa, y emitió con la mayor formalidad esta opinión:

—Yo viviré cien años!

Hecho esto, procedió á la lectura tan anhelada de las cartas.

El sello de la primera fué roto.

La carta, escrita en cifras que no tienen ninguna relación con las que conocemos, decía:

“Para hacerme digno de la confianza que vuestra excelencia ha tenido á bien encomendarme, me he puesto inmediatamente á trabajar. Estoy en la vía. Siento en torno mío los hilos de esa trama misteriosa y culpable. Estoy seguro de cogerlos.

“Mañana tendré la honra de decir verbalmente mucho más á vuestra excelencia, de quien me declaro, con respeto, obediente servidor etc., etc.”

Esta carta había sido escrita la antevíspera por la mañana. Hacía dos días, por consecuencia, que Johann debía haberla recibido.

Estaba firmada con una simple cruz, y con la cifra 133.

—No hay gran cosa en esta, se dijo Johann. Busca, espera hallar.... esa es la regla..... Ni una palabra de los niños..... Veamos las otras.

Spurzheim rompió el sello de la segunda carta.

Esta era un poco más larga.

He aquí lo que contenía:

“He trabajado mucho desde ayer. Soy novicio aún en este oficio de espía, y muy viejo ya para hacer un aprendizaje; pero el objeto que tengo ante la vista, me sostiene y me alienta.

“Es preciso que los hijos de mi amo tengan pan.

“He descubierto muchas cosas. Juzgo que ellas os parecerán importantes. Iré á deciros las esta noche.....”

—Esta noche! se interrumpió Johann. Veamos la fecha!

La carta tenía la fecha de la víspera.

—Fué ayer!..... exclamó. Vino ayer!

Y había en el acento de su voz una viva inquietud.

“Os ruego muy mucho—proseguía la carta—que tengáis la bondad de hacer que me introduzcan hasta vuestra presencia. Ayer llamé en vano á la puerta de vuestro gabinete privado.....”

—Vino también anteayer! se interrumpió de nuevo Johann Spurzheim.

É hizo un gesto de violento despecho.

La carta terminaba así:

“Tengo absoluta necesidad de ver á vuestra excelencia, ó á cualquiera otro miembro del gobierno del rey, á quien pueda dar mi declaración.

“Beso las manos de vuestra excelencia etc.”

Y por firma una cruz, y la cifra 133.

—O á cualquiera otro miembro del gobierno del rey! . . . . repitió el director con una voz alterada.

Su mano temblaba tanto cuando tomó la tercera carta, que tuvo trabajos para abrirla.

Con una mirada rápida la recorrió de un extremo á otro.

Estaba fechada en la mañana de aquel mismo día.

Decía así:

“He encontrado otra vez cerrada la puerta de vuestra excelencia.

“Quiero esperar hasta esta noche, antes de dirigir me á otra persona que á vos.

“Pasada esta noche, tengo la resolución de dirigirme directamente al ministro ó al rey mismo. . . . .”

Hubiérais oído claramente los dientes de Johann Spurzheim chocar el uno contra el otro. Todo su cuerpo temblaba en el fondo del sillón.

Y es, que acababa de leer la frase siguiente:

“A las diez en punto llamaré á la puerta de vuestro gabinete. . . . .”

Una blasfemia se ahogó entre la garganta de Johann.

—Ha venido! murmuró. Ha venido á las diez, y son las once y media! . . . . . Tal vez en este momento está con el ministro . . . . . ó con el rey mismo!

Hizo una pausa y luego concluyó:

—Estoy perdido!

Estrujó la carta con verdadera rabia; pero luego, variando de pensamiento, la estendió sobre su rodilla para terminar la lectura.

“Tengo dos razones para obrar así;—proseguía su misterioso corresponsal—primeramente, sé mucho para guardar silencio durante mas tiempo.

“Puedo decir que lo sé todo.

“En segundo lugar, tengo necesidad; tengo muchísima necesidad! los dos hijos de mi amo tienen hambre.”

Y por firma una cruz, y la cifra 133, como en las dos cartas anteriores.

La cifra y la cruz estaban al pié de la página.

Johann iba á romper la carta con furor, cuando percibió debajo de la cruz, en la mera esquina del papel, la inicial que invita á volver la página.

La volvió, en efecto, y en el reverso vió escritas algunas palabras.

Johann leyó:

“Si vuestra excelencia no pudiese esperarme á las diez, haré un nuevo esfuerzo, y volveré á las once y media, pues he sabido que el ministro y el rey permanecerán toda la noche en el palacio Doria.”

Johann Spurzheim respiró.

Y lanzó una mirada rápida hácia el reloj, que precisamente en aquel momento daba las once y media.

En el mismo instante, sonaron tres golpes tímidos y discretos en la puerta, cuyo cerrojo habia descorrido Johann.

## VII.

## EL NUMERO 133.

EL primer movimiento de Johann, fué registrar precipitadamente su seno. Su mano encontró allí una llave suspendida de un cordon de seda.

Su mirada brilló.

Era todo lo que necesitaba, sin duda, porque luego luego pronunció con una voz segura:

—Adentro!

La puerta se abrió inmediatamente, dejando ver un largo y oscuro corredor, en cuyo extremo se percibía un reverbero.

La persona que entró tenia el aire de un viejo. Sin embargo, mirándole bien, se podia adivinar que aquel cuerpo habia sido encorvado mas bien por la fatiga y los pesares, que por la edad. Sus ojos, tímidos y bondadosos, conservaban una especie de juventud bajo las matas negras y entrecanas de sus cejas, y sus cabellos, casi blancos, coronaban una frente esenta de arrugas.

Cuando aquel hombre hubo cerrado la puerta detrás de sí, su mirada recorrió todo el interior del gabinete buscando al señor.

Aquella mirada era humilde y tímida.

El hombre tenia por vestido un traje completo de campesino sicilia-

ono, que demostraba un largo uso. Estaba limpio, pero muy gastado, y en algunas partes hecho girones.

Traía en la mano su sombrero, con esa actitud de las gentes que piden gracia.

No había necesidad de ser un grande observador, para interpretar la espresion de aquella fisonomía, y dar un sentido al conjunto de aquel pobre pelaje.

En ese hombre, todo hablaba de esperanzas perdidas, de pobreza, de sufrimiento!

Su mirada no encontró mas que los sombríos tapices del gabinete, que era aun mas severo en sus adornos, si es posible, que la recámara del señor Spurzheim.

No se veía á nadie en aquella gran pieza muda y silenciosa, en donde la lámpara no encontraba para reflejar su luz, mas que las molduras de ébano bruñido, ó los márcos enrojecidos de dos ó tres cuadros de la antigua escuela española.

El recién venido, sorprendido de aquella soledad, se detuvo en medio del aposento, y preguntó:

—El señor Johann Spurzheim está aquí?

Una voz cascada le respondió:

—Acercaos á la mesa.

De dónde venía aquella voz? el recién venido trataba en vano de adivinarlo.

Johann repitió con impaciencia.

—Acercaos á la mesa!

Y como al hablar había dado un golpe á las paredes de su nicho, este se movió. El pobre hombre comprendió entonces que había allí dentro alguno.

Se adelantó, profundamente inclinado.

Johann le dijo con suma dureza:

—Sentaos ahí, junto á la lámpara!

—Señor..... murmuró el viejo.

—Sentaos! repitió Johann imperiosamente. Me gusta ver bien el rostro de aquellos á quienes interrogo.

El pobre hombre pudo pensar, que cuando menos el señor Spurzheim no gustaba de ser visto.

Habiendo vuelto, en efecto, su tímida mirada hácia la abertura del confesonario, no vió mas que un agujero oscuro, en el fondo del cual se agitaba una forma indistinta.

Sentóse, y puso su sombrero sobre sus piernas.

En todos los paises, la desgracia tiene los mismos ademanes.

Diríase que intenta recogerse en sí misma, para ocupar el menor espacio posible.

—Levantad la cabeza! ordenó Johann; y mirad hácia acá.

El pobre hombre obedeció. Los rayos de la lámpara caían á plomo sobre su cráneo, en donde crecían algunos cabellos blancos.

Era la suya una de esas hermosas cabezas de antiguos criados, como no se ven ya mas que en los cuadros y en los libros. La raza de los buenos criados se ha perdido ya.

Los ojos de éste, revelaban una tristeza dulce y resignada. Tenía las facciones hermosas, pero faltaba en ellas la energía. Era necesario, para hacer nacer la voluntad viril en aquella bondadosa criatura, el afecto llevado hasta el heroísmo.

Desde el fondo de su gariton, Johann Spurzheim lo devoraba con la vista.

Lo conocía, y aquella vista despertaba en él algún lejano recuerdo?

Dos ó tres veces pasó su mano sobre su barba aguda.

Sus labios pálidos se movieron, sin producir ningún sonido.

Se decía á sí mismo:

—Es él..... es él, no hay duda..... como! yo he envejecido tanto así!

A esta pregunta, el señor Johann Spurzheim no pudo responderle mas que por la negativa. Ya sabemos, que jamas se dirigía á sí mismo mas que buenos cumplimientos.

—Vos sois el número 133? le preguntó bruscamente y en voz alta.

—Si señor! respondió el pobre hombre.

—Vos sois quien me ha escrito esas tres cartas, una tras otra?

—Si señor.

—Quién os ha impulsado á hacerme vuestra primera peticion para entrar en la policía real?

—La necesidad.

—Habeis hecho ya el oficio de espía en alguna parte?

La cabeza del agente de policía número 133 se levantó de pronto, tan altiva, tan orgullosa, que hubiérais tenido trabajo en reconocerlo.

Pero aquel movimiento de la honradez lastimada, no duró mas que un segundo.

La frente del pobre hombre se inclinó de nuevo sobre su pecho, mientras que respondía con sencillez y dulzura:

—No señor, jamas.

—Pues ya sois muy viejo, amigo, para comenzar vuestro aprendizaje; gruñó Johann desde su agujero.

—Señor, replicó el número 133, sino se hubiera tratado mas que de

—mí, habría muerto mil veces antes de emprenderlo..... pero tengo dos niños.....

—No me entendeis! le interrumpió el director de la policía real. Qué me importan vuestros dos hijos y vos!..... Digo que á vuestra edad, ya no se tiene esa lijereza, esa actividad.....

—Tenga vuesencia la bondad de oír mi informe, le interrumpió á su turno el pobre agente; no pretendo ser muy hábil..... pero antiguas relaciones..... y la casualidad..... me han servido, hasta el punto de que puedo poner al gobierno del rey sobre la vía, para cojer á todo un ejército de malhechores.

—Mientras vivais, amigo, dijo Johann burlándose, no faltará quien os elogie..... Veamos vuestro informe.

El número 133 sacó de su bolsillo una vieja cartera y la abrió.

—Antes de comenzar, dijo Spurzheim, como si se le hubiera ocurrido una idea; decidme; os habeis hallado, comprado ó robado ese sello que usais para cerrar vuestras cartas?

—Mi pobre sello!..... Vendíendolo, hubiera tenido pan para los niños..... pero ya no tengo mas que eso!

Sus ojos, arrasados en lágrimas, se rehusaron á leer las letras trazadas en las páginas de su cartera.

#### EL INTERROGATORIO.

Después de un momento de silencio, durante el cual el tímido agente de policía se limpió los ojos con el reverso de la mano, dijo:

—Señor, tengo mucho que revelaros, y espero que tratateis favorable-

mente á un desgraciado..... No sé regatear; os diré todo lo que sé; de un solo golpe, con la seguridad de que un digno magistrado como vos, no abusará de mi buena fe..... Acordaos de que tengo que mantener.....

Johann dió una patada.

El número 133 se interrumpió, y comenzó.....

—A la hora en que os hablo, si os dais prisa, es tal vez tiempo de poner orden á todo: un atrevido joven, que ha recorrido en otro tiempo la Sicilia y las Calabrias, con el nombre del caballero de Athol, y que sirve ó manda hoy á los Compañeros del Silencio, vaga en torno del Castello Vecchio para libertar al prisionero á quien deben ejecutar mañana..... Va seguido de una muger, que usa el traje de vendedora de naranjas, y millares de misteriosos soldados no aguardan mas que una señal de su mano.....

—Adelante! dijo desdeñosamente Johann. El último de mis agentes sabe dónde hallaría á Beldemonio y á Fiamma, su querida.

—Por qué, pues, no los cojen entonces? preguntó el agente candorosamente.

—No eres buen cazador, amigo, si no sabes distinguir el halcon salvaje del halcon cazador.....

—Cómo, exclamó el número 133, Beldemonio estará con vosotros!

Johann prorumpió en una carcajada.

—Crees que te hemos estado esperando para tener una policía? dijo. Tus descubrimientos no valen un centavo..... Adelante!

—Señor, os ruego que me escuseis..... la esperiencia vendrá.....

—Cuando llegue la esperiencia, amigo 133, replicó Johann, sabrás que no es bueno amenazar á un hombre como yo..... En tus cartas, cuyo estilo seria apenas perdonable en un niño de cinco años, hablas del ministro y del rey..... Todos los que han procurado ir directamente al uno ó al otro, han acabado mal, te lo prevengo.

—Me será permitido preguntar por qué, señor?

—Porque no me gusta eso, respondió Johann secamente.

—Señor, basta..... yo ignoraba.....

—Adelante..... dáte prisa!

El número 133 replicó con una voz temblorosa:

—Cuando me atreví á escribiros por la primera vez, señor, tenia yo mi plan. Sabia que S. M. el rey Fernando, el príncipe Francisco, y vos, por consecuencia, estábais muy preocupados con esa asociacion tenebrosa y potente.....

—Nada de palabrotas, amigo..... al grano!

—En buen italiano, señor—dijo el agente, que se mosqueó con aque-